

Editorial

Hispaniola Transnacional: Por un pasado y un futuro común

Hablar de “Hispaniola Transnacional” nos sitúa en un tercer espacio de creación de relaciones entre la comunidad haitiana y dominicana, capaces de romper los confines y barreras promovidos en el tiempo por las élites de ambos países y conservando una cierta autonomía respecto al concepto de nación. Eventos recientes, como el terremoto que azotó a Haití en enero del 2010 y su tipo de respuesta humanitaria, han demostrado, una vez más, que las relaciones transfronterizas que conocemos hoy día se han generado en el curso de la historia. El legado de las realidades sociales, culturales y políticas compartidas por ambos pueblos, ha fundado espacios de diálogo que desafían la cartografía conocida y que existen tanto a nivel virtual como físico, reproduciéndose también en los espacios de la diáspora.

Los movimientos humanos en la isla y más allá, presentan hoy rasgos que podemos definir como novedosos: han cambiado las formas de migrar, los sujetos involucrados, las áreas de procedencia; han incrementado el número de las mujeres y los jóvenes involucrados/as en estos movimientos, quienes, a la vez, se han politizado y también han cambiado los objetivos relacionados con la decisión de emprender esta experiencia. Ciertamente, se ha desmontado el mito de que los/as migrantes llegan a otro país y progresivamente hacen *tabula rasa* de su cultura y saberes, fragmentando los vínculos con su país de origen en nombre de un supuesto asimilacionismo. Como resultado, el aparato teórico-conceptual que analizaban las migraciones y las relaciones entre distintas comunidades en sentido unilateral y -tomando el punto de vista del país receptor- pierde su sentido en la tentativa de representar esta complejidad.

En concreto, desde la isla asistimos, por un lado, a la creación de densas y fluidas relaciones que interconectan a los/as migrantes haitianos/as en la República Dominicana con su contexto de origen, quienes se mantienen comunicados/as, gracias a la difusión de nuevas tecnologías, envían remesas mediante canales en su mayoría informales, viajan constantemente para visitar a sus familiares, facilitados principalmente por la proximidad entre los dos países. De esta manera, se han creado relaciones sociales duraderas entre los que “están aquí”, de quienes, simultánea y virtualmente, podemos afirmar que “están también allá”.

De este modo, los/as migrantes dominicanos/as en Estados Unidos o Europa, a través de prácticas transnacionales que incluyen la proliferación de redes y conservación del mismo estilo de vida e ideología, son capaces de conectar la sociedad de origen y de destino, plasmando identidades múltiples que traspasan los dos contextos nacionales de manera inmediata.

En este número de Estudios Sociales nos ocupamos de indagar, mediante el novedoso paradigma del transnacionalismo, las relaciones entre República Dominicana y Haití. Este número recoge algunas de las ponencias presentadas en el seminario “*Hispaniola Transnacional: por un pasado y un futuro común, caminos convergentes en la experiencia transfronteriza dominico-haitiana*”, organizado, del 3 al 6 de junio del 2010, por el Instituto Filosófico Pedro Francisco Bonó junto con las investigadoras April Mayes y Yolanda Martin. Este seminario abrió un profundo debate académico sobre los espacios de encuentro y diálogo en la isla y en la diáspora, respondiendo a la imperante necesidad de revisar las maneras de indagar las relaciones dominico-haitianas; éstas, hasta hace poco tiempo, se fundamentaban en concepciones unilaterales y binarias, haciendo hincapié en aspectos muy concretos y delimitados.

El “transnacionalismo” se expresa en la tendencia de los movimientos migratorios a construir y reproducir espacios transnacionales, de los cuales se deriva la capacidad misma de los/as migrantes en fundar hogares que podemos definir como no territorializados. Se podría hablar de una nueva cartografía de los espacios sociales, que supera confines impuestos, establecidos y heredados. Es interesante ver cómo los/as migrantes son involucrados/as en relaciones

culturales, políticas y económicas que aportan nuevos significados al espacio y al tiempo, aunque esto no se traduce en políticas migratorias favorables y/o en el cese de medidas represivas.

Sin embargo, los procesos transnacionales no son nuevos; han existido siempre. Han estado presentes en la época precedente a la creación de los Estados-Nación. La globalización sólo los ha intensificado.

Es muy interesante la perspectiva de análisis ofrecida por el historiador estadounidense Graham Nessler. La historia de la isla es revisada a la luz de los eventos de la Revolución Haitiana y de los efectos de las decisiones tomadas por su líder -Toussaint Louverture- en las condiciones de los antiguos esclavos durante la ocupación de Santo Domingo en el 1801. Graham nos describe, con amplios detalles, la polifacética y ambivalente figura del “general negro”, en su intento por conciliar paradójicamente la libertad formal con el sistema económico de plantación, y nos exhorta a no ver este proceso binariamente sino contextualizándolo.

Toussaint Louverture se hacía promotor de la emancipación de la esclavitud en Saint Domingue, pero al mismo tiempo promovía el sistema de plantación en este lado de la isla. Este episodio ha sido clave en la historia de una de las más influyentes revoluciones del mundo moderno, sembrando uno de los gérmenes de la división entre las dos comunidades.

Adelantémonos veinte años a la época de la unificación de la isla por parte de las autoridades haitianas (entre el 1822 y el 1844) y analicemos los efectos de esta coyuntura política en la pequeña comunidad de Higüey. Quisqueya Lora H., con su artículo, nos acompaña en un *excursus* sobre los efectos de la ocupación haitiana en esta comunidad -que era marginal- respecto a las relaciones con Francia, y que era considerada el “pilar de la dominicanidad”. A pesar de esto, Higüey experimentó una transición sin problemas, al aceptar oficiales negros haitianos y al acoger, en el Catálogo del Archivo Real, cambios en el lenguaje con la desaparición de referencias al color y la raza. En ese momento “todos éramos haitianos”, decía Blas Jiménez, citado por Lora.

Más tarde, el aglutinante socio-político para la creación de la nación dominicana será el propio temor de ser englobados en la “República Negra”, difundido por las élites dominicanas que se hacían portavoz del mito de la descendencia hispánica. El prejuicio anti-haitiano que surge en esta época se alimentaba de estos episodios.

Haití se coloca, de esta manera, en el corazón del nacionalismo dominicano como una amenaza. El artículo de Elizabeth Christine Russ nos describe este punto analizando las visiones respecto de Haití en la obra de la escritora dominicana más importante del siglo XX, Aida Cartagena Portalatín. Ella vislumbra que el retrato del vecino al oeste, propuesto por la escritora, resulta más negativo cuanto más depende de nociones territoriales y “patrióticas” de la nación. Sus tonos cambian dependiendo de la manera en que se concibe la nación dominicana. *Obras* como “*Yania Tierra*”, se centran exclusivamente en la nación dominicana, definida como un territorio continuamente violado por poderes extranjeros. En contraste, “*Culturas africanas*”, logra generar una definición más amplia de la nación, reflejando un sentido de comunidad insular que deriva de un pasado en común, concentrado en las luchas africanas, haitianas y dominicanas por la independencia política.

Por último, la investigadora de Pomona College -Abril Mayes- nos ofrecen un interesante artículo sobre la dominicanidad y su intrínseco anti-haitianismo, analizando la experiencia de los Afro-Antillanos, conocidos despectivamente como “*cocolos*”, y su integración al “sancocho” dominicano. La aceptación en la sociedad dominicana de los Afro-Antillanos, contrariamente al rechazo hacia los Haitianos, se debe primero a que los dominicanos ya tenían su “otro”, o sea los haitianos, lo que les permitió constituir su nación; y los *cocolos* -al no llevar la misma carga histórica- por ser inglés-hablantes y tener una relación con el imperio británico, dejaron de ser vistos no solamente como grupo racial sino también como grupo étnico, permitiendo, de esta manera, a los dominicanos mostrarse como un pueblo negro “desplazando lo negro otra vez en el cuerpo del otro pueblo” sin sufrir una “negrificación”.

Los artículos que componen este número de Estudios Sociales nos regalan una perspectiva nueva para el análisis de las relaciones dominico-haitianas.

Esperamos que esto pueda constituir una panacea contra las divisiones y contrastes promovidos por las élites políticas y económicas en ambos países y que, gracias a las contribuciones de los movimientos sociales dedicados a los Derechos Humanos de los y las migrantes, aquí y en otros lugares, se puedan abrir espacios de diálogo que logren valorizar las expresiones de comunidad en esta isla.